

Domingo Santos

HACEDOR DE MUNDOS

Tras varios años de silencio, por fin la nueva
y esperada novela del autor español de ciencia ficción
más conocido en el mundo entero.



Tal vez sin el desastre de la nave «Descubrimiento», Javier Ortega no hubiera llegado a conocer nunca su poder. Pero su sorprendente vuelta a la Tierra desde centenares de años luz de distancia lo enfrentó a un nuevo y aterrador conocimiento: no sólo era capaz de cambiar lo que le rodeaba, sino dominarlo por completo. Y así, Javier Ortega supo la gran verdad del Universo del que creía formar parte: que nada es real físicamente, que el Cosmos entero es creación de unos pocos, y que él había irrumpido en un plano de realidad en donde solamente tenía dos opciones: unirse a la élite de los creadores... o perecer.

A Olaf Stapledon y Phillip José Farmer,
que en su labor hacedora fueron más osados que
yo.

Prólogo

Iba a morir. Irremediablemente.

La primera explosión se había producido en la nave mientras él estaba afuera, reparando la antena de orientación hiper. Apenas fue una vibración en el casco bajo sus pies, un ligero temblor que le hizo soltar la herramienta que tenía en las manos y le obligó a hacer una contorsión para recuperarla. Miró a su alrededor en busca de alguna causa detectable de lo sucedido, pero no pudo ver nada anormal en la larga masa parecida al esqueleto de un animal antediluviano de la nave. Siguió trabajando.

La segunda explosión se produjo menos de un minuto después, y fue mucho más violenta. La sacudida hizo que sus zapatos magnéticos se desprendieran del casco, y de pronto se encontró dando volteretas en medio del vacío, mientras el cordón umbilical del cable de seguridad ondulaba tras él como una serpiente borracha. Dudaba aún entre detener sus incontrolados giros o preguntar primero por el intercomunicador que demonios ocurría, cuando se produjo la tercera explosión, casi junto a la antena parabólica donde había estado trabajando.

Pudo ver claramente retorcerse los hierros cuando una sección del casco reventó desde el interior, y el enorme boquete. Vio también como la anilla donde estaba anclado el traje de seguridad de su traje era arrancada con todo un fragmento del casco por la explosión, y partía como un proyectil en una línea cuarenta y cinco grados divergentes a su actual posición. Apenas tuvo tiempo de pensar en el significado de todo aquello cuando el cable que ya no era de se-

guridad se tensó bruscamente, con un inaudible chasquido, y la vibración que se transmitió por todo su cuerpo y el pasajero asomo de gravedad que sacudió su estructura ósea le indicaron que estaba siendo arrastrado por el impulso transmitido al otro extremo del cable.

Su entrenamiento le hizo actuar con precisión, por encima del pánico que intentaba apoderarse de él. Primero detener los giros sobre sí mismo. Aferró con ambas manos los brazos del impulsor y trató de fijar por la rapidez del movimiento circular de las estrellas la intensidad y el ángulo de sus giros. Aguardó unos segundos: el tirón del cable había hecho que su movimiento original variase sustancialmente, adquiriendo nuevos impulsos secundarios que dificultaban cualquier orientación y convirtiendo su trayectoria en un movimiento aparentemente descontrolado cuyo esquema de giros y contragiros daba la impresión de ser absolutamente irregular. No lo era. Con la experiencia que sólo da la practica, fue identificando los distintos elementos circulares que formaban su trayectoria compuesta, y pulsó los chorros de su impulsor en consecuencia, anulándolos uno tras otro hasta convertir su impulso en un movimiento rectilíneo.

Que lo estaba alejando cada vez más de la nave, arrastrado por el ahora inútil cable de seguridad. Absolutamente inútil, de modo que soltó el cierre de enganche de su cinturón y se desprendió de él. La inercia siguió arrastrándolo, así que usó los chorros de freno para contrarrestar el impulso, y la tensa línea del cable desapareció en pocos segundos en la oscuridad. Entonces efectuó la maniobra más sencilla y que más veces había practicado con su impulsor: dio media vuelta.

La velocidad con la que lo había arrastrado el cable debía haber sido mayor de lo supuesto, pues descubrió que la nave se hallaba ahora desmoralizadamente lejos. De todos modos, no importaba: los chorros del impulsor, a toda potencia, podían volver a acercarle a ella en cuestión de

minutos, y además en la nave debía haberse dado ya la alarma general y sabían que había un hombre fuera.

Iba a accionar los chorros para iniciar el viaje de regreso cuando se produjo otra explosión. Nunca llegó a saber si fue la cuarta o se había producido alguna otra en el intervalo, pero sí fue la definitiva. Sus alucinados ojos contemplaron impotentes como la nave, allá a lo lejos, se convertía de pronto en una bola de fuego, en un minúsculo sol que brillaba efímero unos breves segundos y luego se apagaba como si alguien hubiera soplado su llama, sin dejar siquiera rescoldos.

Durante unos interminables momentos contempló incrédulo la nada, sin atreverse a admitir que acababa de presenciar la completa destrucción de una nave intergaláctica de carga de setecientas mil toneladas y de los cincuenta y seis hombres que la tripulaban. Luego, la secuela de la explosión lo abofeteó. No la onda expansiva: la materia interestelar es demasiado tenue para transmitir ninguna onda de choque, sino el viento formado por la explosión en sí: la irradiación de materia desintegrada arrojada hacia todos lados a partir del epicentro de lo que había sido la masa de la nave. Notó como un bofetón, el azote de una tenue brisa, un soplo de materia que hubiera sido visible como una ligera niebla si hubiera habido a su alrededor algo más que la profunda negrura del espacio para iluminarla. También había algunos fragmentos, partículas no identificables de diverso tamaño que formaban como una lluvia de materia que acompañaba al viento. Por unos momentos se sintió presa del pánico pensando en que algunos de aquellos proyectiles podían perforar su traje como un diminuto meteorito, pero eran demasiado pequeños para hacer algo más que transmitirle parte de su impulso, como el empuje de una mano fantasmal. Un fragmento algo mayor golpeó su pantorrilla, haciéndole iniciar un nuevo giro sobre sí mismo, absurdamente lento, como al ralentí. Su estado de estupor era demasiado grande para pensar en contrarrestarlo

antes de que hubieran pasado largos minutos. Cuando finalmente consiguió estabilizarse respecto al insondablemente y lejano fondo de las estrellas, fue incapaz de decir donde había estado la nave.

Entonces tuvo por primera vez clara conciencia de su verdadera situación: estaba solo, absolutamente solo, perdido en el espacio, en medio de la nada, a treinta billones de kilómetros de distancia del más cercano de su semejante.

Estaba condenado a morir irremediablemente.

* * *

David Cobos, él era el primero en reconocerlo, nunca había sido un hombre que hubiera tenido éxito en la vida. Introverso por naturaleza, de carácter solitario, y muy poco sociable, desde pequeño había tenido fama de raro. Y él era el primero en admitir aquella cualidad. Nunca se había sentido enteramente parte de la raza humana. Además, siempre había tenido la sensación de que a su alrededor ocurrían cosas, y eso lo encerraba aún más en sí mismo. Jamás había sido capaz de definir la naturaleza de esa sensación, tan evanescente como una voluta de humo, pero real pese a todo, aunque sólo fuera por unos breves momentos antes de disiparse en nada. Pero el resultado inmediato había sido siempre el alejamiento de sus semejantes, que lo contemplaban en el mejor de los casos con ojos suspicaces. No era querido, y él tampoco quería. Y se daba cuenta de que no podía hacer nada por luchar contra aquel sentimiento, porque brotaba de lo más profundo de su ser.

Se había alistado muy joven en la marina interestelar para huir de todo aquello. En la larga soledad de los viajes espaciales, sin más que unas pocas personas con las que te-

nía que tratar, su alma se sentía liberada. Además, los miembros de las tripulaciones solían ser gente como él. Tenían que serlo, para soportar viajes que duraban dos, tres y hasta cinco años, encerrados en aquellas angostas cárceles de metal. A bordo de los grandes cargueros intergalácticos —había conocido ya cinco—, David Cobos sentía un solaz que la Tierra nunca le había proporcionado. Luego, a la vuelta, cuando cobraba el espléndido sueldo acumulado a lo largo del viaje, se sumergía por un tiempo en la vida social del planeta, intentando de nuevo integrarse, para descubrir, al cabo de pocos días, que seguía siendo tan ajeno a aquella cultura como siempre. Y entonces, irremediablemente, se alistaba a otro viaje, siempre con una duración un poco mayor. Jamás faltaban oportunidades: aunque la paga era buena, el largo confinamiento no era para muchos. Sus tests psicológicos siempre daban «idóneo». Eso, en los viajes espaciales largos, era más importante que la aptitud técnica: era aceptado a ojos cerrados. Y de nuevo emprendía la marcha.

Se había especializado en comunicaciones y sistemas de detección. No era un gran técnico, pero las exigencias de un carguero intergaláctico tampoco eran demasiadas. Garantizar la continuidad de los enlaces con origen y destino en los breves periodos del viaje en que eran posibles era suficiente. Mantener el equipo de detección hiper en buen uso, reparar alguna antena dañada durante el viaje (era el elemento que más sufría, tanto por su tamaño como por su fragilidad), y gozar de la inactividad el resto del tiempo. O soportarla.

Reparar una antena de orientación hiper dañada era lo que le había llevado al exterior cuando se produjo el desastre. Estaban a medio camino de vuelta a la Tierra con una carga de materias primas de alta cotización en el planeta, a una distancia de cien parsecs del sistema solar. Esto representaba ocho meses de viaje todavía, para la nave. Ahora serían muchos más. Toda la eternidad.

Aquella era la ironía suprema, pensó, mientras miraba a su alrededor, al infinito que le cercaba por todas partes. Él siempre había odiado al resto de la humanidad. Había querido estar solo. Ahora había conseguido de una forma total y definitiva su deseo.

* * *

Intentó racionalizar su situación. El impulsor, un aparato indispensable para cualquier salida al exterior de la nave, con forma de sillón de brazos en el que uno no iba sentado sino de pie, con los pies apoyados en una especie de tarima, llevaba, además del equipo de comunicaciones y los cohetes para dotarlo de movilidad, depósitos de oxígeno para veinticuatro horas de autonomía..., más que suficiente para cualquier salida normal. Un indicador en el tablero de mandos del brazo izquierdo señalaba en numeración digital la duración de la reserva en horas, a utilización normal, y teniendo en cuenta el consumo real efectuado. David se dio cuenta de que la tensión del momento le hacía respirar demasiado afanosamente: se controló, forzándose a una respiración pausada que consumiera menos oxígeno. E inmediatamente se preguntó: ¿para qué?

La horrible verdad estaba muy presente en su cerebro. Se hallaba a billones de kilómetros de cualquier parte. Disponía de un radio de autonomía cuyo alcance real era de poco más de cinco kilómetros. No era más que una mota en medio de la inmensidad. Las posibilidades de que una nave cruzara aquel sector del espacio dentro de su radio de alcance en el término de las próximas veinticuatro horas eran de una entre miles de billones.

Y el plazo ni siquiera era ya de veinticuatro horas. Consultó el indicador: 22:16. Mientras lo miraba, el último digi-

to saltó: 22:15.

El impulsor llevaba también un depósito de agua potable con una cánula a la derecha de su boca. Giró ligeramente la cabeza y dio un sorbo. Al menos, pensó irónicamente, no moriría de sed. Por supuesto, no llevaba ningún depósito de comida: se suponía que ninguna salida fuera de la nave era lo bastante prolongada como para que nadie sintiera ganas de comer. Rió burlonamente. Además, en veinticuatro horas nadie tiene tiempo de morir de hambre.

Sus perspectivas eran claras. Cuando el indicador en el brazo izquierdo de su impulsor señalara 00:00, el regulador dejaría de insuflar oxígeno a la microatmósfera del interior de su traje. Por supuesto, el reciclador seguiría eliminando los desechos de su respiración, de modo que no se ahogaría en anhídrido carbónico: simplemente moriría por falta de oxígeno.

Una muerte horrible.

La vivió por anticipado. Boquearía, buscando un inexistente alivio para sus pulmones. Boquearía más fuerte, en un fútil intento por respirar. Sus ojos se desorbitarían. Su piel se volvería cianótica. Un velo cubriría su visión. Sus pulmones arderían...

Ignoraba el tiempo que tarda uno en morir por falta de oxígeno. Pero lo imaginó largo. Y terrible. Y desesperado. La angustia tenía que ser insoportable. Quizá uno perdiera piadosamente el sentido a los pocos momentos, ahorrándose así la tortura de saber que se estaba muriendo. O quizá no. Quizá permaneciera consciente hasta el final. Sin ahorrarse ningún dolor.

La angustia mental. Ésta era la peor, porque era inevitable. No pudo impedir que sus ojos se fijaran de nuevo en el indicador: 21:36. ¿Tan rápido pasaba el tiempo? ¿O acaso volvía a respirar demasiado afanosamente? Intentó controlarse, y de nuevo se preguntó: ¿para qué?

Dudó de poder resistir hasta el final. Más de veinte horas de angustia, viendo como el reloj de la vida retrocedía lentamente hasta el cero. Quizá fuera mejor terminar de golpe con todo. Por un momento revivió sus sensaciones cuando vio la nave convertirse en una bola de fuego ante sus ojos. «Suerte que yo no estaba allí», había pensado en un primer instante. Qué estupidez. Los que estaban a bordo de la nave ni siquiera se habrían enterado de nada. Las alarmas debían de haber sonado, por supuesto, pero lo más probable era que nadie se hubiera dado exactamente cuenta de lo que ocurría antes de la aniquilación instantánea. ¿Qué mejor forma de morir que en la ignorancia total? Lo peor de la muerte es la certeza de su inevitabilidad: el saber que se te acerca a pasos lentos pero inexorables. Sus compañeros de la nave debían haber levantado la vista hacia el parpadeo de los avisadores de alarma y los estridentes timbres que les advertían de que algo iba mal, debían haber notado la vibración de las explosiones, y al momento siguiente no eran más que polvo, el mismo polvo que lo había azotado unos instantes más tarde. Hola, Marc, Iván, Sacha, Michael. Pasad. ¿Qué debía haberle ocurrido a la nave? Llevaban elementos inestables en la carga, pero estaban bien asegurados en compartimentos estancos, y todos ellos rigurosamente descebados y por debajo de la masa crítica. Claro que eso no excluía el peligro. ¿Una reacción en cadena? ¿Qué había alcanzado finalmente el convertidor y los motores atómicos y los había hecho estallar? No importaba ahora. Lo que importaba era que todos los demás habían muerto, y que él estaba ahora allí, solo, una nada en medio de la nada, aguardando la muerte.

Miró el indicador: 21:06. Bebió un sorbo de agua. Volvió a mirar el indicador.

* * *

Debió haberse quedado dormido, porque de pronto el indicador señalaba 16:12. Se sobresaltó. Quería vivir cada minuto del tiempo que le quedaba. ¿Lo quería realmente?

Pensó de nuevo en la posibilidad de terminar de una vez. Era sencillo. Podía provocarse un desgarrón en el traje. La descompresión explosiva terminaría con él en escasos segundos. Ni siquiera se daría cuenta: un ligero vahído, un instante de angustia, y todo habría acabado. No sería el tormento de ver acercarse inexorablemente el final, de pensar que el indicador podía no ser exacto y dar cada nueva boqueada con el temor de hallarla vacía de oxígeno. Pero algo le retenía. Había visto en otros los resultados de la descompresión explosiva en el espacio. En uno de sus anteriores viajes había tenido que rescatar a un compañero muerto en estas circunstancias. Había visto los efectos, y se había sentido enfermo. Una descompresión explosiva hace que la sangre fluya por todos los poros de tu cuerpo, y en el vacío del espacio forma multitud de minúsculas gotas rojas que flotan a tu alrededor, orbitando tu masa, siendo atraídas lentamente por ella y cubriéndote de pequeñas perlas rojas solidificadas por el frío del espacio. Si alguna vez su cuerpo era hallado por alguien, no quería que le encontraran de esa forma. Era una cuestión de dignidad. No lo aceptaba.

De modo que sólo quedaba una solución: aguardar el final. ¿Podría hacerlo? No estaba muy seguro.

15:40, ¿acaso el tiempo había perdido su metro nómica regularidad? Pero el consumo de oxígeno no era regular. La tensión le hacía respirar incontroladamente. Y quizá fuera mejor así. Respirar profundamente, con ansiedad: eso acortaría la agonía.

Tenía hambre. Pero no podía hacer nada al respecto. También tenía ganas de orinar: la tensión afloja la vejiga, y había bebido mucha agua. Utilizó el depósito del traje conectado con la bomba del impulsor: los diseñadores del conjunto traje-impulsor habían previsto la contingencia de que en esas veinticuatro horas un hombre puede sentir deseos de orinar más de una vez. Era un alivio.

Lo peor era verse rodeado por la nada. Jamás se había dado tanta cuenta de lo abrumadoramente lejanas que estaban las estrellas. Miríadas de puntos brillantes que poblaban toda la esfera a su alrededor, formando una bóveda fascinante de configuraciones curiosamente deformadas, casi irreconocibles desde aquella perspectiva. Intentó localizar el Sol dentro del conglomerado de la Vía Láctea y tras unos instantes lo consiguió. O creyó conseguirlo. No estaba seguro. Pero tampoco importaba. Allí estaba la Tierra, inalcanzablemente lejos, giraba en torno a aquel punto casi invisible a cien parsecs de distancia, trescientos ocho billones de kilómetros. Tan inaccesible como la eternidad. Y solamente le quedaban... 12:01 horas. Si respiraba pausadamente.

Lo peor era la oscuridad. Allí no había ningún sol cercano que iluminara las cosas. La nave conectaba sus proyectores externos cuando alguien salía a trabajar al exterior, y esto daba corporeidad a su masa en el vacío interestelar. Los potentes focos gemelos de su impulsor, abriéndose en amplios haces cónicos ante él, iluminaban todo lo que estuviera delante de su cuerpo. Pero su alcance era corto, y si no había nada que iluminaren las inmediaciones era como si no existieran. Ni siquiera podía ver su propio cuerpo. Y eso era, quizá, lo peor de todo.

Sintió que la angustia lo abrumaba. Quiso llorar. Luego debió quedarse dormido. Cuando miró de nuevo el indicador, señalaba burlonamente: 08:33. ¿Le costaba un poco más respirar, o era imaginación suya? Habiendo localizado el Sol, intentó descubrir el sistema del cual habían partido

tras cargar la nave. No lo consiguió. Pero el fantasma del carguero destruido debía estar todavía en algún lugar cerca de él, junto con el fantasma de sus compañeros tripulantes. Pronto estaré con vosotros, pensó. Pero aún tendréis que aguardar un poco. Hay veces en que cuesta morir.

Una sorprendente laxitud lo invadió. Ya que no puedes hacer nada, resígnate. Contempla a tu alrededor. Nadie ha estado nunca tan a solas con el universo como tú.

La bóveda que le rodeaba adquirió de pronto una nueva dimensión de belleza. Tuvo conciencia de la magnitud de la obra del Creador. Se sintió inundado por una nueva luz. Gozó de un espectáculo que a muy pocos hombres se les ha dado contemplar. Pensó que era posible que otros, en sus distintas versiones, lo hubieran visto antes que él. La historia de la navegación interestelar reportaba casos de otros hombres que se habían perdido en el espacio, entre las estrellas, antes que él. ¿Habrían hallado todos la misma paz?

05:52, señalaba el indicador. Por tercera vez, se adormeció.

Despertó sacudido por una repentina agitación. Miró a su alrededor, sin saber dónde estaba. Por unos momentos creyó que había vivido un sueño. Luego, lentamente, la realidad se infiltró en su interior.

Miró el indicador: 02:17. Dios mío, tan poco ya. Sintió un repentino estremecimiento. No, no quería morir. Y menos de aquella manera, olvidado por todos, en medio de la nada y la inmensidad. Siempre había odiado a sus semejantes, pero ahora los quería, los necesitaba. El vacío era demasiado negro, y solitario, y silencioso, y frío. Necesitaba algo de calor, luz, amor. No quería morir en soledad. Sintió un ansia visceral que hizo que sus intestinos se anudaran dolorosamente. Dio un sorbo de agua, y vomitó incontinentemente. El visor de su casco se pobló de pequeñas gotitas, que fueron retirándose lentamente a medida que el deshumidificador del traje iba absorbiéndolas. No quiero

morir, no. Quiero volver a la Tierra. Con los míos. No quiero morir en soledad.

Le invadió una especie de estado febril. Se agitó dentro de su traje. Sin darse cuenta de lo que hacía, pulsó frenéticamente los mandos de los chorros, en un intento de ir a alguna parte. Lo único que consiguió fue empezar a dar vueltas sobre sí mismo. Necesitó de todo su control para dominarse y frenar su rotación. No sabía a que velocidad se movía ni en que dirección; los impulsos añadidos al movimiento original de la nave habían creado una trayectoria arbitraria. Era posible incluso que estuviera completamente inmóvil en medio de la nada. A tanta distancia de cualquier punto de referencia cualquier trayectoria o velocidad carecían de sentido.

Sin embargo, movido por un impulso absurdo, buscó de nuevo la orientación del sol. Lo encontró, o creyó encontrarlo. Se orientó hacia él. Y pulsó a fondo los chorros del impulsor, y los mantuvo pulsados hasta que se agotó la energía, en un fútil intento de proseguir un viaje absurdo hacia la Tierra. A su alrededor, nada cambió.

* * *

Se sumió en una especie de delirio. Ya no le importaba la muerte. Su único pensamiento era regresar. Se sentiría feliz viendo de nuevo el azulado globo de su planeta natal. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Lo necesitaba. Con un ansia que brotaba de lo más profundo de su ser. Todo su cuerpo, su mente, su alma, se fundieron en ese deseo. Sintió como se llenaba toda su conciencia. ¿Era el paroxismo anterior a la muerte? ¿Los primeros indicios de la falta de oxígeno? 01:22, rezaba el indicador.